

AGUSTÍN PERY  
Tlalaparta

*Para Teresa, responsable de mis aciertos,  
inocente de todos mis errores.*

«Cuando se busca tanto el modo de hacerse temer se encuentra siempre primero el de hacerse odiar».

Montesquieu

OCUPA SU LUGAR. El mismo cada día, siempre a la misma hora. Hace tiempo que se ahorra el «¿qué hay?, ¿todo bien?» al entrar. ¿Para qué? Ni a ella le importa ni mucho menos al mesonero. Total, un cortado y un agua con gas no merecen que ni uno ni otra se tomen la molestia.

Cada uno de los paisanos tiene su sitio. Edurne junto a la máquina. En una mesa pegada a la ventana. La carraca de la tragaperras no le molesta. Ya no. Antes, cuando tomó la decisión de pasar allí todas las putas tardes, sí. Necesitaba observar, escudriñar la plaza, comprobar cada día los gestos del chaval. Debe de estar peor. Ya no se quita la capucha, no deja de mirar al suelo y aspira la chusta del canuto como si fuera el último. Pero no lo es. Fuma como un autómatas. Uno tras otro. Se está hundiendo. Edurne lo nota. Que es su madre y son muchos años.

Podría describir cada pintada de la plaza. El muro gris ha desaparecido para dejar paso al arte *borroka* con ínfulas de *spin-off* de Belfast. Encapuchados lanzando cócteles como un David de la independencia contra el Goliat opresor; proclamas tan rotundas como hiperbólicas comparten lienzo de cemento junto a «Nerea es una zorra». Escrito, claro, en castellano. Que Nerea es una guarra que dejó a Rubén por Mitzel sin ni siquiera decírselo a la cara debe saberlo todo dios, euskaldún o no.

Dentro nada, cuatro fritos reventados que piden desesperadamente ser liberados de la cochambrosa vitrina de la barra por algún comando tan jodidamente hambriento como incauto. Tampoco será hoy. Los cuatro abuelos juegan al mus, se toman su pacharán y

exigirán su tonelada de cacahuets, gratis obviamente. No tienen tasado el tiempo pero sí el gasto de sus tardes de órdagos, pasas y envidos. Es lo que tiene tener una pensión muy corta y todo el tiempo del mundo. Hay que administrarse el aburrimiento.

Quien no lo hace es Herminio. Clink, clink. Vuelve a pedir cambios. Cinco euros más en monedas. Hoy tendrá que ser. La máquina, teoriza, está caliente. Gira la manivela. Bingo, una orgía de sonidos estridentes acompaña el Niágara de calderilla. Si Herminio fuera economista en vez de prejubilado de la cadena de montaje del Polo en Landaben, se le borraría esa sonrisa de satisfacción que parece decir «¿lo veis?, os lo dije, capullos». Los veinte euros de hoy que recoge con una sonrisa de Gollum quedan muy lejos de los doscientos que pierde cada mes. Si además escuchara a sus hijos, reconocería que está enganchado y alcoholizado. Pero Herminio solo atiende a las cerezas y piñas de su ruidosa compañera y nadie en el bar tiene el menor interés en escucharle a él, que Herminio siempre fue el ludópata gilipollas, en la fábrica y fuera de ella.

Llueve. Como casi siempre. Para cuando amaine, ella ya no estará. Un par de horas. Jarrear, lo que se dice jarrear, serán un par de horas. La cuadrilla buscará refugio para las penúltimas caladas bajo los soportales de la plaza y luego para casa, que es miércoles. No para estudiar, sí para soltar «no tengo hambre, me voy a la cama». Ni buenas noches. Para qué. Ser educado le da pereza y Edurne es su madre. Si el magro con tomate se queda frío, que lo vuelva a intentar mañana, qué hostias. Los porros dan mucha gusa pero el chaval ya se ha aliviado el vacío del estómago con un bocata de lomo en casa de Ibai. Mejor llenarse el buche antes que tener que sentarse con la mustia de su madre, ver su careto doliente de *ama rota* por dentro y por fuera, de esposa abandonada. Si le hubieras echado cojones antes, si te hubieras querido más en vez de arrastrarte. Eso piensa, fumado como está. Lo malo es que también es lo mismo que le taladra el cerebro las pocas veces que va sereno. En su cuarto suena a tope Su Ta Gar. Las paredes son de papel y

se oye todo. Edurne no entrará para pedirle que baje la música. La puerta de esa habitación se cerró para ella hace años.

*Querido Iñaki*

Saldrá del bar sin haber escrito la carta. Vuelta a la casilla de salida. No, *querido* no. Dejó de serlo hace una eternidad. Mucho antes incluso de marcharse de casa.

*Estimado Iñaki*

Pues tampoco. Con él ya no guarda ni las formas reservadas al oficinista. Iñaki, a secas. Llegar al formalismo minimalista le costó diez cafés y el mismo número de Bezoyas con gas. Diez días. Porque Edurne no pide nada más. Ni el sueldo se lo permite ni los *pintxos* del Chato dan como para arriesgarse.

Antes sí, cuando Iñaki la paseaba del brazo, era parada obligada en la ruta dominical. El Chato no se llama en realidad el Chato. El mote se lo pusieron a Paco Cepeda, natural de Murcia, mesonero y antes conductor de la Villabesa y antes mal estudiante en el instituto de la calle San Fermín y, en el Cretácico, hijo único de emigrantes a quien le hubiera gustado llamarse Asier, apellidarse por ejemplo Iturralde y, sobre todo, no acabar todas las frases en *ico*. Pero se quedó en el Chato porque además de ser de Totana y bautizado Francisco, medía uno sesenta y dos. Paco Cepeda perdió a sus padres demasiado pronto, pero no tanto como para que no tuvieran tiempo de dejarle en herencia un pisito de setenta metros cuadrados y una bajera de sesenta en la Txantrea. A su nivel, dio un pelotazo. La Txantrea, no sabe por qué, pasó de cutre, sucia y decrepita a *cool* y *trendy*. Total, que una pareja gay supermolona se enamoró tanto del piso que pagó por él tres veces más de lo que de verdad valía, y otra de lesbianas aflojó una talegada por las cuatro

paredes mohosas a pie de calle y meados con la misión irrenunciable de que las jóvenes *indies* de Señoras de Nuestro Coño tuvieran un local de ensayo.

El Chato aparcó definitivamente el autobús, se despidió de las coñas hirientes de los niñatos («qué, ¿llevas zancos para los pedales?»), se fue a la República Dominicana y volvió moreno y con Jessica Marlene del brazo. A su reina la puso a currar en el bar. La cosa iba bien. La clientela testosterónica y bravía entraba a chafardear con la exótica y tremenda mulata. «¿Qué te pongo, mi *amol*?». «Ponerme, ponerme, me pones cachondo». Ellos se daban codazos de complicidad neandertal, ella sonreía por fuera, se descojonaba de esos pobres patanes por dentro y Paco callaba mientras la caja engordaba. Porque además de sus curvas de escándalo, la Jessi cocinaba con esmero y mimo. Hasta pasaba de las broncas de Cepeda por renovar cada tan poco el aceite de la freidora. Buena mano para los fritos de huevo, una tortilla apenas cuajadita y las tapitas de chilindrón donde no mojar pan estaba tipificado como delito. Los hombres no renunciaban a ver a la mulata ni sus mujeres al tigre y al frito de huevo, así que se formó de manera natural una hermandad de féminas con Jessi. Los domingos en El Tremendo —así, tan a lo grande como gigante era el sarcasmo, registró Cepeda su bar en el Ayuntamiento de Burlada— eran las mujeres las que pedían en la barra para reírse con Jessi de sus patéticos maridos. «Míralos, qué pena dan. Estos no nos aguantan un polvo, conque a ti, con esas caderas... alguno igual acabaría clavado por el lumbago». Y se reían de la poca gracia de aquellos tipos grises que reservaban en sus agendas repletas de tardes de mus, pelota y poteo, la mañana del domingo para salir con la parienta mientras los niños se subían a los columpios o jugaban al pilla-pilla en la plaza cuadrada, aportalada, grisácea, pintarrajeada, horrenda y deprimente como el patio de una prisión. Lo que era.

Iñaki y ella salían con su chaval. Parecían felices. Moderadamente. Ni más ni menos que los demás. El problema es que los Al-

tolaguirre, señor y señora, no se parecían en nada al resto. Ella igual sí; chica de caserío, morena, espigada, de facciones agradables que, superada la etapa en la que todas las jóvenes navarras se empeñan en cortarse el pelo a dentelladas y enfundarse en un chándal, había empezado a trabajar como administrativa en el Ayuntamiento y se sacudía dignamente esa tendencia al feísmo estético de las del norte. Él no; Iñaki, fuerte, apuesto, alto, de brazos nervudos, nariz aguileña, tez ligeramente sonrojada y manos de pelotari, de apariencia tan aborígen, era un *cipayo*, un madero de la Nacional. Mala cosa en la Navarra de finales de los noventa. El problema que tarde o temprano les jodería la vida.

Edurne intentó brevemente lidiar con la anomalía de ser una euskaldún matrimoniada con un *txakurra*. Fabulaba con que pronto los trasladarían al sur y allí serían felices. Ella currando entre andaluces salaos y él deteniendo narcos en el Estrecho. Pero era eso, un sueño. Porque a Iñaki, el de la mano suelta y los cojones de acero, lo necesitaban arriba. Primero de infiltrado, luego dando hostias en los calabozos, luego... lo que se terciara.

Al final, entre semana el único que entraba y salía del pisito de Burlada era él. Nunca de uniforme pero siempre armado. La mirada desafiante, sin cuadrilla ni potes, sin cines que dejaran su nuca al descubierto, sin cenas románticas rodeados de miradas de desprecio, sin misas, sin paseos ni tampoco juegos con el chaval. Buen padre tampoco era Iñaki. Al principio, muy al principio, Edurne creyó que sí. Pensó, cándida, que cuando naciera el crío —grandote, sonrojadito, ojos vivos y nariz como la de su *aita*— Iñaki se derretiría, aceleraría la petición de un destino lejos de esas calles donde te podía meter un tiro cualquier antiguo compañero del pueblo y que, con lo listo que era su hombre, pronto estarían él de comisario y ella de secretaria de la Administración. Hasta tendría una empleada doméstica como las señoras bien de Carlos III.

Ahora que ha empezado la carta no puede evitar maldecirse. Rumiar lo estúpida que fue. Ella que siempre se creyó indepen-



diente. Que en el pueblo se lo decían a sus padres. «Hay que ver qué guapa y qué lista os ha salido la Edurne. Qué buena pareja hacen». Tonta, que eres medio boba. ¿Acaso no notaste que para Iñaki eras solo un trofeo? La novia viuda de Eneko que acabó consolándose en los tentáculos, maldita estúpida, de Iñaki. Todo porque el que hasta ese día reinaba en el gallinero no soportó las bofetadas que le dio el madero delante de toda la cuadrilla. «Anda, llámame *txakurra* otra vez, que están todos mirándote, chavalote». Él como un guiñapo, colgando del brazo del policía de vaqueros ajustados, botas de cowboy y pelo cepillo. Ellas gimoteando, musitando «déjalo ya, por favor». Ellos tiritando, sin atreverse a intervenir, acojonados. Iñaki, no. Iñaki miraba la somanta de guantazos fascinado. Fue su epifanía. Ese día, con Eneko meándose en los pantalones y los cachorros de la *kale borroka* convertidos en asustados gatitos, supo que a él le pagarían por dar palizas a los enekos de turno, que lo suyo sería agigantarse amenazante mientras el resto se hacían pequeños. Y tirarse a la guapa del pueblo. Eso también. Después de enterrar a Eneko, aprovechó para consolar a la Edurne llorosa y arrepentida, culpable como todos de haberse reído del amigo bravucón, de darle la espalda en la plaza, ni mirarle en la *ikastola*, tratarlo como el mierda que fue desde ese maldito día en que decidió ser un *gudari* impostado con aquel policía a la puerta del cine de Pamplona. El funeral se la puso dura a Iñaki y esa misma noche le dio lo suyo. Edurne repetía «Iñaki, no, pobre Eneko, era mi novio, ay sus padres, con lo majos que son, ahora que van a hacer con la carnicería, para, por favor». E Iñaki, a lo suyo, empujando con la rudeza de la posesión, montando a la jaca y a cada tímida negativa, más berraco, pensando que a quien se estaba follando en realidad era a la novia buenorra del poli «vamos, échale huevos, chaval, llámame *txakurra* otra vez».

Edurne le tendría que haber mandado a la mierda ese día. Ahora le maldice mientras emborriona otra cuartilla.

*Iñaki,*  
*Te escribo porque...*

Qué pasa, ¿tiene que tener una razón o qué? Le gustaría poner «porque me sale del coño» pero no puede. Hay algo que todavía la ata a ese cabrón, que la mantiene temerosa, dócil, lidiando con un orgullo que no acaba de llegar y una vergüenza que nunca termina de irse. Pero tiene que lograrlo. Es eso o perderse del todo. Está rota por dentro y hace mucho que se nota por fuera. En El Tremendo ya nadie la mira, nadie se le acerca y todos saben que es la esposa abandonada de un poli de mierda y la madre despreciada de Ekin, el seguro futuro *gudari*, llamado a recuperar, si el hachís, la Play y las litronas le dejan tiempo, el orgullo perdido de los Altolaguirre del Baztán y hacer honor al nombre de bautismo que le pusieron por empeño del Iñaki. El párroco se resistió todo lo que pudo.

—Iñaki, hombre, que Ekin no es un nombre. ¿Pero cómo le vas a llamar Tesón?

—Se hará y punto. Ekin Altolaguirre. ¿O me vas a tocar los cojones? Tú quieres mojarle y yo que se llame Ekin, pues todos contentos.

Edurne ya solo baja a Pamplona a sacar del calabozo al chaval. Todavía hay algún compañero de Iñaki que se apiada de ella en la comisaría. Probablemente porque le tengan tanto miedo como ella. Y aún la destroza más ver sus caras entre la pena y el desprecio. Se da cuenta, lo siente, podría reproducir con fidelidad de amanuense lo que están diciendo. Justo ahora, allí, otra vez. Como casi todos los fines de semana. «Pero cómo pudo casarse Alto con ella si es una batasuna, coño. Mirad como lleva al chaval, con la oreja taladrada, esas camisetas de *euskal presoak* y siempre oliendo a gasolina.

## AGRADECIMIENTOS

A David Gistau, que siempre estuvo pendiente, jamás en el pedestal, como un camarada fiel al que añoro. *Semper fidelis*, amigo.

A Manuel Jabois, que me ordenó seguir escribiendo y me puso en suerte a Pepitas.

A Julián Lacalle, mi paciente editor y ya por siempre amigo.

Ustedes ya se han dado cuenta. Es cierto; lo mejor de *Txalaparta* es la cubierta que me regaló mi cuate Rodrigo Sánchez.

A Jesús García Calero, Karina Sainz Borgo, Manuel Llorente, Ángel Antonio Herrera y Juan Fernández Miranda, por leer las galleradas y darme el empujón que me faltaba.

Y siempre por tanto y por todo a Pepo y Leti. Esta vez por descubrirme un paraíso en la tierra donde teclear al borde del mar.